

Carlos Serrano y la historiografía española

Paul Auberl

(Intervención en el homenaje a Carlos Serrano
celebrado en la Casa de Velázquez el 25 de abril de 2001)

Más allá de la vieja amistad que me unió a Carlos Serrano, frulo de intereses y de trabajos comunes (en particular, este proyecto de historia cultural parcialmente llevado a cabo para 1900 Y los años 20, la lectura de autores de la llamada Edad de plata de la cultura española y el papel de los intelectuales que nos reunió de nuevo en el número 40 de la revista *Ayer* coordinado por él), quisiera decir —sin pretender ser exhaustivo ni dejarme embargar por la emoción, aunque, a la hora de borrar un par de líneas en la agenda, está muy presente la última conversación telefónica que nwlnuvirnos el día 3 de marzo— lo que significa su obra para el hispanismo francés y para un hispanista que pertenece a una promoción algo posterior a la suya.

Desde la crisis finisecular hasta nuestros días, no hay un tema por el que Carlos Serrano no se haya interesado (desde el ensanche de Bilbao, hasta la guerra de Cuba, la polémica entre Maeztu y LjnamuJlo en torno a la reforma agraria, la fotografía, la tauromaquia o la figura de Don Juan, la cultura obrera, la Guerra Civil, etc.). Nos deja una obra pionera, polifacética, abierta y desgraciadamente inacabada, porque se apasionó últimamente por las Hurdes.

Una obra pionera

En un momento en que la España del siglo XX parecía demasiado próxima como para constituir un objeto de estudio, porque el carlino

real seguía siendo el estudio del Siglo de Oro, porque se razonaba en función de la reciente Guerra Civil, cuyos orígenes o consecuencias se rastreaban desde principios del siglo XIX y hasta el estudio de la novela social de los años 50, porque los archivos no eran fácilmente accesibles y porque el hispanismo francés carecía de catedráticos capaces o deseosos de llevar a cabo esta tarea, el hecho de que Jean-François Botrel y Serge Salaün, y luego Carlos Serrano y Jacques Maurice consiguieran desempeñar cátedras desde la segunda mitad de los años ochenta, fue un dato importante en la evolución del hispanismo francés.

Antes de que Noël Salomon (cofundador con Albert Dérozier y Marcel Bataillon en 1964 de la Sociedad de Hispanistas franceses) dedicara en 1969, en Burdeos, un seminario a la sociedad del siglo XIX, Pierre Vilar incitaba a los jóvenes investigadores a interesarse por fenómenos tales como el anarquismo andaluz o catalán o el populismo. A menudo les había acogido Albert Dérozier en Besançon y luego, fuera de la vía académica, Manuel Tuñón de Lara en los coloquios que organizaba en la Universidad de Pau.

Conocí preeaisamente a Carlos Serrano en 1977 en uno de estos coloquios, en el que presentó un avance de los trabajos que recogió luego en su tesis doctoral. Me llamó la atención la seguridad del juicio crítico del universitario, la cordialidad y la generosidad del hombre así como su gran capacidad para exponer claramente sus convicciones.

Este hijo del exilio, nacido en Buenos Aires en 1943, era hijo del escritor republicano Arturo Serrano Plaja y nieto del escritor francés Jean-Richard Bloch. Aunaba en su investigación universitaria el rigor y el entusiasmo desde una aproximación metodológica marxista que se fundamentaba en una gran cultura y una inquietud intelectual constante.

Esto le permitía recorrer pistas originales, explorar intuiciones hasta moverse en los márgenes de la historia social y de la historia cultural como quien no se complace con un enfoque único y desde lo pluridisciplinario procura fecundar cada ámbito con nuevos planteamientos.

Desde la tesis de tercer ciclo sobre la guerra de África y sus repercusiones en España, en 1976, redactada conjuntamente con Marie-Claude Lécuyer, dedicada al estudio de las consecuencias de la guerra hispano-marroquí de 1859-1860 hasta sus trabajos más recientes, Carlos Serrano se interesó por los movimientos sociales a finales del siglo XIX, el populismo, la cultura obrera, y últimamente por la memoria histórica. De la crisis de los años 1890 hasta la Guerra Civil y luego el franquismo,

Carlos Serrano contribuyó con una serie de trabajos pioneros a la historiografía española.

Desde la historia social a la historia cultural, se adaptó y contribuyó a la evolución de la historiografía finisecular, con una inteligencia y una apertura espiritual poco comunes, desde enfoques originales.

Carlos Serrano no se contentaba con explotar una fama adquirida en un dominio. Aparecía de repente por donde no lo esperábamos. Confesaba que la ambición de practicar aquella historia total, que señalara Manuel Tuñón de Lara siguiendo a Pierre Vilar, le parecía agobiante, pero la practicó a su manera multiplicando los enfoques. Pero no se lanzaba a una nueva investigación como quien baja a un sótano con una vela vacilante. Cada nuevo paso estaba preparado por reflexiones y lecturas, cada intuición se seguía hasta el final. Y luego, a la hora de redactar, Carlos se volcaba con aquel entusiasmo de un ensayista sin fichas y con las ideas claras consultando los apuntes que había tomado en un bloque de cuartillas. Llegó a convencerse de que una tesis está madura cuando uno es capaz de contestar las preguntas que se ha planteado y de que, según decía Juan de Mairena «no hay nada que no sea empearable». Ésta fue la primera impresión que tuve de Carlos: una gran exigencia intelectual, una recepción calurosa, no exenta de ironía, multiplicada, a lo largo de más de veinte años, por el entusiasmo de su acogida telefónica (que amplificaba quizá el carácter monosilábico de mi nombre). Cuando uno le llamaba por teléfono, Carlos parecía feliz de hablar con él, y este interlocutor se sentía más inteligente y ahora de repente está abrumado y cohibido al evocar sin él temas que le preocupaban, al tomar parte en esta mesa redonda en la que Carlos hubiera tenido que intervenir.

Una obra polifacética

Carlos Serrano empezó su itinerario de investigador en un momento en que la historia social se emancipaba de la historia económica -dejando de ser sólo fruto de las encuestas sociales, según el modelo de Le Play, desde Jaime Vera, Valentín Almirall, hasta Joaquín Costa y Ángel Marvaud- y se constituía en historia estructural de las clases sociales basada en las relaciones de producción. Proponía una explicación coyuntural de los movimientos sociales a partir de la evolución de las grandes variables (precios, salarios, etc.). Desde hace veinte años, el desarrollo de la historia de las mentalidades y de la historia

cultural –y todavía más desde que se hundieron los grandes sistemas explicativos heredados de las teorías del siglo XVIII– disminuyó a su vez la autonomía de la historia social hasta considerar que lo cultural puede ser un factor explicativo de lo social cuando anteriormente era más bien un reflejo. Carlos Serrano siguió esta evolución llegando hasta el estudio de los símbolos, de las representaciones y de la memoria, pero (con la inmensa ventaja de quien ya no piensa la cultura sin cuestionar lo social).

La tesis de Estado de Carlos Serrano, leída en 1984, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme* (recientemente publicada en castellano (con el título *El turno del pueblo*) recoge en un amplio abanico un conjunto de trabajos en los que se estudian la coyuntura finisecular, los movimientos espontáneos y sus variantes regionales, la respuesta de los movimientos obreros organizados a la crisis, y por fin los intentos renovadores (desde los regionalismos, el populismo de Blasco Ibáñez hasta el nacimiento de los intelectuales COntro categoría sociopolítica). Con Jacques Maurice escribió un librito sobre Joaquín Costa (1853-1906) dentro de la famosa colección de Siglo XXI que editó más tarde su síntesis sobre la crisis finisecular, *Final del Imperio, 1895-1898* (1984).

De la historia social a la historia cultural

Desde la práctica de la historia social, con la publicación de algunos trabajos como «Juan José Morato y la Historia» (1983) que acogió Antonio Elorza en la revista que dirigía, *Estudios de Historia Social*, Carlos Serrano no se interesó tanto por el estudio de las organizaciones como por el de las prácticas y de las ideologías. Así fue como llegó a la historia intelectual por medio del estudio de la cultura obrera.

Nos mostró entonces que la historia cultural no era sólo el estudio de minorías intelectuales y que el estudio de la vida colectiva no pasa sólo por el acercamiento estadístico, aunque los logros de la investigación cuantificada y seriada son indiscutibles, y constituyen un aporte ya irreversible desde un punto de vista metodológico. De entrada, y para lo que al campo propio de la historia cultural se refiere, no dejaba de ser insatisfactoria la idea de una metodología que más o menos explícitamente renunciaba a tomar en cuenta las «obras» literarias, artísticas, etc., cuyo carácter de singularidad parecía hacerlas irreducibles al imperio de la serie. Pero, más generalmente, la investigación

actual, tras el período eufórico de las largas series, ha señalado el carácter reductor de un procedimiento <cuantitativo que, al no proporcionar más que datos medianos, trivializa, alisa la realidad histórica de la que pretendía hacerse fiel retratista. Es más: para algunos de sus críticos, este acercamiento cuantitativo peca de raíz, puesto que por fuerza tiende a borrar no ya sólo el accidente, sino que también la mutación brusca y, por ende, a infravalorar toda expresión de tensión o de conflicto.

A través de la serie, lo que se consigue alcanzar a menudo es, más que nada, el resultado de la imposición de modelos culturales pre-elaborados, falsificador en su aparente continuidad que no es más que el resultado de la eliminación de diferencias o discrepancias. Michel Vovelle, hablando de las fuentes seriales en el terreno judicial, marca los límites de su validez en unos términos que pueden hacerse extensivos a los demás territorios del cuantitativismo: «uno cree aprehender la realidad de los comportamientos y lo que encuentra es el código moral y represivo de una sociedad» (*On croit saisir la réalité des comportements: ce que l'on trouve, c'est le code moral et répressif d'une société*). En el fondo, la actual tendencia de la historia cultural a regresar a lo excepcional, pero haciendo suyos los logros alcanzados por la investigación de lo plural y serial, puede entroncar inevitablemente con el examen de la singularidad de una figura y hasta de una obra, con lo cual, dicho sea de paso, no haría otra cosa que reanudar ciertos intentos de sus padres fundadores: ¿no fue acaso el empeño de Lucien Febvre el entender, por ejemplo, a Rabelais?

Lo que se está planteando a través de estas referencias es que, en la perspectiva de una historia cultural auténtica, no es ya posible, por un lado, descartar la «obra» singular en nombre de la serie masiva —como quería hacerlo el cuantitativismo ingenuo de los años 60—, como tampoco sigue siendo factible, por otro, el de limitarse a considerarla desde la óptica de la historia de la literatura (o del arte) al uso, esto es, como un mero eslabón en la sarta de las «grandes obras» de un país o de un momento, enfocada, pues, desde la perspectiva de una total inmanencia.

Así lo entendió Carlos Serrano cuando se interesó por la «institucionalización» del Don Juan en la tradición cultural española de los siglos *XVI* y *XVII* (1990). La mayoría de las historias literarias suelen evocar el hecho de la representación de una obra de tema donjuanesco para el día de Difuntos como un hecho evidente, del que no parece

que nadie se haya interesado en investigar los orígenes y la función. En una primera aproximación, Carlos Serrano trató de elaborar la cronología documentada del fenómeno, que parece nacer en Barcelona a finales del siglo XVIII y no tocar Madrid hasta 1860, donde, sin embargo, pasa a darse ya como práctica anual y sistemática a partir de 1863, prolongándose esta tradición hasta por lo menos la Guerra Civil. El conjunto de esta producción invita a interrogarse sobre el uso colectivo que la sociedad española, en sus diversas componentes, hace de un tema cultural general como es el de Don Juan y de una obra singular, el Tenorio de Zorrilla.

A lo largo de la última década, quizá la más fecunda de su vida, Carlos Serrano siguió ocupándose de las mismas cuestiones pero con otro enfoque metodológico, que había asimilado los logros de la amplia encuesta de Pierre Nora *Les lieux de mémoire*; este cambio lo anunciaba el estudio antes aludido. Desde mediados de los noventa, Carlos Serrano empezó a estudiar la adhesión afectiva a unos valores, retórica, discurso, que contribuyeron, junto a la violencia de la represión, a la eficacia del régimen franquista, que ostenta, desde la organización del espacio, la escenografía pública, hasta la explotación del cine y de la literatura, el monopolio de la expresión pública. Esta labor representa un acercamiento original al franquismo, que seguía siendo objeto de repulsión de parte de los historiadores franceses y sólo había suscitado el interés de unos cuantos politólogos o literatos.

Después de haber estudiado la España franquista desde sus representaciones en el coloquio titulado *Imaginaires et symboliques dans l'Espagne du franquisme*, cuyas actas publicamos en diciembre de 1996 en el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, Carlos Serrano se interesó por la simbología y el imaginario colectivo en la crisis de Cuba con el coloquio que coordinó con Consuelo Naranjo en 1998, en el CSIC y en la Casa de Velázquez, dedicado al estudio de las visiones recíprocas entre *España y sus antiguas colonias. Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*.

Últimamente, este giro metodológico le llevó al estudio de la búsqueda iconográfica del héroe español en las estatuas conmemorativas en los siglos XIX y XX, como el dedicado en Madrid a los héroes del Caney que murieron junto al general Vara de Rey cerca de Santiago de Cuba durante el verano del 98. Rafael María de Labra había soñado con un monumento que tuviese el significado abstracto de un sacrificio común y no fuera una mera ilustración de una batalla. Carlos Serrano

muestra cómo ilustra esta estatua la emergencia de una idea de la Hispanidad. Su posterior acercamiento crítico a los discursos sobre la crisis o su contribución al estudio del léxico político español con título de Edgard Morin «Le paradigme perdu: Camarada, compañero, ciudadano» (*Bulletin Hispanique*, 1999), ilustra un proceso que culminó en 1999 con el libro consagrado al estudio de las expresiones simbólicas de la identidad nacional en los dos últimos siglos, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, centrado en temas de memoria histórica y de simbología nacional: bandera, himno, fracaso de los monumentos nacionales, fiesta nacional.

Un hispanista cOlupto

Carlos Serrano fue un hispanista completo que se especializó tanto en historia como en literatura, sin olvidar que era capaz de prologar un libro de fotos de Capa. Cabe mencionar las aportaciones notables de Carlos Serrano al estudio de la literatura desde los rasgos autobiográficos en la obra del joven Unamuno (1979), hasta la poesía de Abel Martín (1993), el personaje apócrifo de Antonio Machado («Iliopotexto místico para un cancionero profano. A propósito de Abel Martín»), en el que examina la huella de San Juan de la Cruz en la obra machadiana, mostrando cómo el erotismo de Abel Martín, aunque derivado del misticismo, nace como aspiración a la diversidad, como reconocimiento de una necesaria alteridad, y cómo lo apócrifo puede fundamentarse en una hipertextualidad que muestra lo mismo en lo otro, y reproduce para negar. Encuentra asimismo las huellas de un populismo ambiguo hasta en el reverso convulsivo de un discurso histórico que estudia en el teatro de Valle-Inclán, partiendo del análisis de la violencia de la historia, pero también de la irrisión y de la farsa en las *Comedias bárbaras* (1997), interesándose por la nueva escritura y la nueva estética de Valle, que desvirtúa este discurso histórico con una vuelta al pueblo, mediante una carnalización de la historia.

Los españoles no ignoran desde Cervantes (y los franceses quizá desde Proust) que la idea que uno se hace de la realidad forma parte de esta misma realidad. Si entendemos por historia lo que se vive y por literatura lo que se imagina, hablar de historia de la literatura incurre en una práctica pleonástica, puesto que la literatura forma parte de la totalidad histórica. La práctica de la historia y de la crítica literaria

no constituían para Carlos Serrano dos vías de exploración distintas. Lo cual no significa que quepa sugerir la preeminencia de lo real sobre lo imaginario estableciendo una jerarquización científica entre ambos ámbitos en base a unos criterios objetivos. Pero aunque sigue interesándose poco por los hechos literarios (como si se tratara de un universo demasiado subjetivo como para ser fidedigno), la historia ha sacado provecho de los notables progresos de la crítica literaria entre los años 1960 y 1980: el documento llegó a ser un texto y acabó siendo un discurso cuyo estudio el historiador amplía al de las representaciones, mostrando cómo unas texturas heterogéneas encierran mareas del sujeto e indicios de lo social.

En estos márgenes -cambiando a menudo de punto de vista para adarar mejor su objeto de estudio- Carlos Serrano se movía a sus anchas. Conocía las nuevas disciplinas que revelan la vanidad de las antiguas fronteras y los progresos fulgurantes de la antropología, de la sociología, de la psicología, de la lingüística, que vinieron a fecundar tanto su crítica literaria como su práctica de la historia social, de la historia de las mentalidades o de la historia cultural.

* * *

Carlos Serrano deja un gran vacío en el hispanismo francés y en esta Casa de Velázquez, en la que participó en numerosos encuentros sobre historia social, sobre Machado, Azaña, etc. Carlos Serrano amaba la vida, le gustaba dialogar, animar seminarios y equipos de investigación como aquel en el que, con Brigitte Magnien, Jean-François Botrel, Serge Salaün, Jean-Michel Desvois y otros colegas, me honro de colaborar. Era una colaboración peculiar aquélla que pocos son capaces de llevar a cabo, pues después de haber redactado un esquema en función de las especialidades de cada uno, la crítica mutua era feroz y cada uno la practicaba y se sometía a ella sin que dejásemos de ser amigos. Desde estos presupuestos se abordó para los años 1900, y más recientemente para los años 20, la vida económica y política, los medios de comunicación, la edición y la prensa, la producción cultural, la educación, el papel de los intelectuales, la cultura urbana, los espectáculos, la crisis del realismo como modelo narrativo: un proyecto y una ilusión que desde una reunión que celebramos en Toledo, en marzo de 1984, llamábamos «la historia cultural».

En un momento en que la especificidad de la historia cultural en relación con las demás historias estaba por definir, y, en el caso de

la España de los siglos XV y XVI , por explorar, este ensayo que coordinó con Serge Salaün, titulado *1900 en España*, está dedicado al estudio de la bisagra entre ambos siglos (1895-1900). Propone una serie de calas en torno a la difusión y al mercado de los bienes culturales, a las causas institucionales o estructurales del divorcio entre el país legal y el país real, y a la aparición de unos intelectuales que se creen capaces de hablar en nombre del pueblo. Se trata de evaluar la capacidad renovadora y las voluntades modernizadoras en el momento en que España entra en el siglo XX .

* * *

Carlos nos enseñó algo más: nos dio una gran lección de vitalismo y de valor que compartió con su compañera Amaya, a quien cabe dedicar este homenaje. Estuvo convencido y logró convencernos a todos de que la enfermedad no podía con él y de que cada día que pasa es una felicidad añadida. (No me es fácil conjugar los verbos en imperfecto del indicativo. Carlos está aquí, me espera en la Hemeroteca, o en la Biblioteca Nacional). No se quejó nunca y siguió trabajando «como si todo tuviera sentido». Cuando sabemos que otro gran hispanista, el historiador de la época moderna Alain Milhou, quien presencié con nosotros su entierro, le acompaña ahora en nuestro recuerdo, tenemos la impresión de cruzar un terreno minado y -aí despedir a quienes nos acogieron tan generosamente en el oficio- el consiguiente deber de ser más activos, más rigurosos y quizá de tener más prisas, en cualquier caso de ir a lo nuevo y a lo esencial. Carlos Serrano detestaba el saber que paraliza la actividad. Una frase puede resumir la inquietud intelectual que le caracterizó. Según decía Goethe a Schiller (19 de diciembre de 1798), citado por Nietzsche en el prólogo a *Sobre la utilidad y sobre Los inconvenientes de la historia para la vida*: «Detesto lo que sólo sirve para instruirme, sin aumentar ni estimular directamente mi actividad» o, según me escribía Carlos para animarme, con este vocabulario taurino que compartíamos a veces hasta en las gradas de la plaza de toros de Ventas: «¡Al toro!».

Por estas aportaciones considerables a los estudios históricos y literarios, por la inquietud intelectual permanente que le caracterizó, por esta cordialidad indefectible que tenía tanta importancia a la hora de orientar a los más jóvenes, Carlos Serrano contribuyó a hacer que el hispanismo fuera más riguroso, más abierto y más inteligente, pero también más humano y más alegre.

